

CAPITULO IV

La clave del enigma

Eduardo entró de nuevo en la platea de la Opera, sin entender pizca de cuanto le estaba pasando. Muchas mujeres le habían hablado de reputación, de nombre y familia, y díchole que por él se arriesgaban á perderlo todo, para luego y á lo mejor desaparecer y emprender con otro la misma táctica. Con todo, nunca le habían exigido juramentos tan formales ni un silencio tan absoluto; así es que estaba todavía indeciso sobre si llevaría ó no adelante la intriga.

Poco á poco, sin embargo, y al ver en torno de sí aquella multitud frívola, cubierta de flores y llena de buen humor y de alegría, se convenció de que todas las mujeres eran iguales á las que á sus ojos bullían, y de que aun aquella de quien acababa de separarse no había sino querido reirse un poco á su costa y su-

jeterlo poco más ó menos, para ser su amante, á un examen igual que si hubiese debido entrar en una logia.

Eduardo imaginó, pues, que al día siguiente iba á tener en la mano la clave del enigma y que todo terminaría á su completa satisfacción; de lo contrario, si por un instante siquiera hubiese tomado en serio semejante lance, no se habría comprometido en él ni por espacio de un segundo. Porque siendo como era el hombre indolente por excelencia y no viviendo sino de amistades frívolas y de francachelas de color subido, parecíale imposible envolver su vida en uno de esos amores terribles que primero embriagan, pero luego matan; ó á lo menos así le pareció mientras estuvo en el baile y llevó del brazo una mujer de esas que especulan con el amor y de la cual adivinó el semblante á pesar de llevarlo cubierto con la careta, y el corazón al través de su lenguaje. Una vez en su casa, empero, tal era la veleidad de su carácter, empezó á dar vida en su mente, como lo hiciera Pigmalión, á una estatua de la que se enamoró; sólo soñó en

una pasión como la de Werther, menos el suicidio, por supuesto; vislumbró escaleras de cuerda, divagaciones nocturnas, raptos, sillas de posta y duelos, hasta que, fatigado, y zumbándole todavía en los oídos los acordes de la orquesta del baile, se formó en su cerebro un galop general y se durmió en medio de la mayor agitación.

Al despertarse, el sol estaba ya muy alto sobre al horizonte, y, sin duda por equivocación, mostraba aquel día su faz á los parisienses. Eduardo se restregó los ojos, miró la hora, abrió la puerta de su dormitorio y al ver á su portero, que estaba tranquilamente limpiando la habitación, le preguntó si había algo para él.

—No, señor,—respondió el buen sujeto.—¡Ah! sí, han traído una lista de suscripción á favor de un infeliz artesano, padre de familia, que ayer tarde, y no lejos de aquí, se cayó de un andamio y se quebró una pierna.

—Deme usted—dijo Eduardo tomando la lista y empezando á leerla á fin de ver, según lo que habían puesto los

otros, por qué cantidad debía él suscribirse.

El último nombre era el de la señorita Herminia de ***, inscrita por quinientos francos.

—¿Quién es esa señorita que por sí sola ha dado más que todos los demás reunidos?—preguntó Eduardo.

—Una señorita buena á carta cabal, que reparte muchas caridades entre los pobres; vive ahí al lado—respondió el portero.

—¿No es una joven alta, morena, un poco pálida?

—Sí. ¿La conoce usted?

—No; pero no hace muchos días la ví entrar en la casa del lado, y por lo que acaba usted de decir presumo que es ella.

—En efecto, lo es. La señorita Herminia vive en dicha casa con su tía. Fíjese usted que ese mujer monta á caballo y maneja las armas como pudiera hacerlo un hombre.

—¿Quién es la tía?

—No, la señorita Herminia.

—¿De veras? pues mire usted, para

una joven esto demuestra una educación esmeradísima.

—Yo he sido maestro de esgrima de mi regimiento,—continuó el portero,—y puedo decir que tiraba primorosamente. Pues bien, la señorita Herminia lo ha sabido y no ha parado hasta que he medido las armas con ella. Siempre me acordaré: era una mañana del mes pasado; usted no vivía aún aquí; digo mal, sí vivía. La señorita me manda á buscar; voy; entro en una salita de armas muy mona, y hallo en ella á un hermoso mancebo. Era ella que quería dar un asalto. Me alargan un peto y un florete; me endoso una mascarilla y un guante, y nos ponemos en guardia. ¡Válgame Dios! aquella mujer era un verdadero demonio. Antes no pude parar, me había arrimado ya cinco botonazos. Fintas, contras y cortes no pida usted más; era preciso verlo; no parecía más sino que la señorita estaba esgrimiendo la espada del arcángel Miguel. Confieso á usted que me faltaba el resuello y no podía ya más conmigo cuando ella estaba como si tal cosa. Le digo á usted

que es una espadachina de primera.

—¿Y qué dice de semejantes costumbres la tía de la señorita Herminia?

—¿Qué quiere usted que diga la buena señora? Desde el momento que esto le gusta á su sobrina, ¿cómo va á impedirselo?... El culpable es su padre.

—¿Por qué?

—Según parece, el padre de la señorita Herminia era un veterano fuerte como el roble, á quien quería mucho el emperador. El buen hombre se desvivía por tener un sucesor varón, para hacer de él un soldado del hijo como él lo era del padre. Su mujer queda en cinta; nuestro veterano, que sólo sueña con un muchacho, se pone que no ve de alegre; mas ¡pataplúm! saca las narices al mundo una hembra, y de sobreparto muere la madre. Luego, como una desgracia nunca viene sola, el emperador llega de Waterloo, ocurren deshielos repentinos, y el mundo anda revuelto de arriba abajo. ¿Qué hace entonces mi veterano? se retira al campo para vivir solo entre la tumba de su mujer y la cuna de su hija. Algo crecida ya la pequeñuela, á

su padre se le antoja convertirla en muchacho, y para conseguirlo empieza por hacerla vestir de hombre, montar á caballo, tirar la pistola, nadar, esgrimir la espada y qué sé yo cuántas cosas más; y tan bien se las compuso, que la niña, que era más fuerte que una peña y llevaba una vida de diablos, machacaba á todos los rapaces, con gran contentamiento del veterano.

—¡Pero hombre! ¿Sabe usted que todo lo que me está contando es magnífico? Prosiga usted.

Eduardo, al ver que el portero se sonreía, volvió la cabeza; cuanto al narrador, se apoyó en su escoba y continuó en los siguientes términos:

—No concluye todo aquí. El veterano tenía el cuerpo lleno de heridas, y sobre eso padecía de dolores reumáticos; así es que á lo mejor *rompió su pipa*, como dicen en mi regimiento. La señorita Herminia, que entonces tenía quince años, se quedó con su tía, que, amante del trato social y harta de vivir en el campo, se vino á París con su sobrina y ocupó el palacio contiguo. Cuando aqué-

lla cumplió los diecisiete, hablóse de casarla; pero ¡quía! ¿sabe usted lo que contestó? pues contestó que no se casaría sino con un hombre que, como ella, partiese veinticinco balas seguidas en el filo de un sable y de diez veces cinco la tocase con el botón del florete. ¿Sabe usted lo que se ganaron los pretendientes? ¡Pues! una granizada de botonazos.

—Es muy singular—dijo Eduardo con acento de incredulidad.—Deme usted las botas; tengo que salir.

—Aquí están.

—Y dígame usted, ¿está rica la señorita esa?

—Mucho. Pero hay que verla montar á caballo, seguida de su criado John, que así se llama éste; ayer me estaba diciendo que cuando vuelve de acompañarla al Bosque de Bolonia, se encuentra literalmente derrengado... La gente acostumbrada ya á verla, en la actualidad no para la atención en ella; la mira como si realmente fuese hombre.

—Tome usted, ahí van veinte francos para la cuestación.

—Es menester que usted firme.

— Tiene usted razón.

Eduardo tomó la pluma y escribió su nombre debajo del de la hermosa amazona: luego se detuvo prontamente, y dijo:

— Es imposible.

— ¿No quiere usted dar los veinte francos? Es usted completamente libre — repuso el portero.

— Yo conozco este carácter de letra, — murmuró Eduardo.

— ¿Qué dice usted?

— No lo necesito á usted más; puede usted marcharse. Me quedo con la lista ésta; cuando vengan á buscarla suba por ella. . . ¿Dónde demonio he visto yo un carácter de letra igual? — se preguntó Eduardo una vez á solas.

Luego, de improviso, se dió una palmada en la frente y se fué á registrar los bolsillos de la levita en busca de la carta del dominó; pero, acordándose de que se la había entregado á éste, ó más bien que la había rasgado en su presencia, volvió de nuevo á donde dejara la lista para asegurarse de la identidad del carácter de letra.

Era tan inverosímil que aquella joven á quien no viera sino una sola vez fuese la misma de los dos bailes de máscaras, que Eduardo desechó toda suposición respecto de ella. Sin embargo, á cada minuto acudía de nuevo á contemplar el nombre escrito en la lista, y mientras lo tenía bajo el dominio de su mirada no le cabía la más mínima duda de que la misma mano que trazara la carta había firmado la ofrenda de 500 francos. A medida que se hacía más incomprensible el hecho, Eduardo lo daba por más cierto.

— ¡Por vida de...! — murmuró — la desconocida me dijo que hoy sabría yo su nombre: helo ahí; — me dijo también que la vería: pues voy á salir y es indudable que la veré.

Empezó á vestirse y pasó á su tocador, que, como el lector recuerda, miraba á un patio. El portero había dejado abierta la ventana, y Eduardo, en el instante en que se dirigió á cerrarla, vió pasar por detrás de los cristales de la de enfrente, á la joven, que le estaba mirando y con el dedo en los labios le

hacía una seña que en todos los idiomas significa *silencio*.

Luego entre la joven y los cristales se interpuso una cortina, y la visión desapareció.

Eduardo, petrificado, latiéndole el corazón hasta parecer que quería saltársele del pecho, cerró la ventana de su tocador, sentóse en una silla y se entregó á la meditación.

El resultado de sus reflexiones fué que ahora que sabía algo, no comprendía pizca.

Eduardo dió la última mano á su tocador y salió á la calle.

—¡Vaya si seré discreto!—se decía entre sí el joven.—¡No es poco hermosa! ¿Cómo voy á componérmelas para romper con María?

En estas reflexiones, Eduardo llegó á la calle de Vivienne y halló á María sentada y mohina al lado del fuego.

—Buenos días,—dijo aquel al entrar.

—Buenos,—contestó con voz áspera la joven.

—¿Estás enferma?

—No.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Por qué pues esta mala cara?

—Porque sí.

—Razón de pie de banco. Adiós.

—¿Te vas?

—Sí.

—Feliz viaje.

Eduardo se salió; pero apenas hubo bajado un piso, cuando Josefina le llamó.

—¡Señorito!

—¿Qué hay?—respondió aquél levantando la cabeza.

—La señora desea hablar con V.

Eduardo se subió de nuevo, y al entrar en la habitación de María, preguntó á ésta:

—¿Qué quieres?

—Siéntate ahí.

—¿Y qué más?—continuó aquél, haciéndose el regañón á su vez.

—¿Con quién fuiste ayer al baile?

—Con Enrique y Emilio.

—¿Y quién es esa mujer con quien estuviste hablando toda la noche?

—Mi tía.

—¡Ah! ¡ya! pues mira, te aconsejo que no te bromees... Escucha, Eduardo, si has dejado de quererme, dílo; prefiero esto á que me hagas desempeñar un papel ridículo y me exponga á que oiga en todas partes que me has dejado, estando enferma, para acompañar no sé á quien al baile de la Opera.

—¡Vaya con el baile de la Opera!— dijo el joven, poniéndose á remover el fuego con las tenazas y echándose á reir;—primeramente has de saber que no he acompañado á nadie al baile; lo que hay es que una mujer vino á hablar y ya ves que por esta única causa no podía hacerla detener por los municipales.

—¿Quién es esa mujer?

—No la conozco.

—Mientes.

—Te lo juro. Pero ¿qué demonio te ha pinchado? En lugar de trabajar y concurrir á la Escuela, vengo á verte, y ahí que...

—Hoy estamos á domingo y en tal día no se va á la Escuela.

—*Verum est*; pero hubiera podido dedicarme al estudio.

—Bien, bien, ya sé lo que tengo que hacer.

—Lo que más te acomode; y aun si la faena te divierte puedes componer algún libro sobre la moral; pero oye, te prevengo que no lo leeré.

—¡Vaya unas lindezas estás soltando!

—¡Pues no te das poca importancia!

—Académicos hay y senadores que los escriben. Te digo que es delicioso.

—Ea, vete, ó te tiro las tenazas á la cabeza.

—Para decirme esto no valía la pena de que me hubieses mandado á llamar.

—Quiero que esta noche me conduzcas al Circo.

—Tu diálogo resulta sin continuación. Es imposible.

—¡Cómo imposible! ¿por qué?

—Porque hoy como en casa de un amigo.

—Está bien, cuando vuelvas á verme hará calor.

—Pues hasta el próximo verano, mi querida amiga.

Maria entró en un aposento contiguo

y cerró la puerta con estrépito. Cuanto á Eduardo, se salió diciendo para sus adentros:

—Ya está. ¡Y todavía hay quien niega á la Providencia!

Eran poco más ó menos las cuatro. Eduardo alquiló un coche y se volvió á su casa, al llegar á la cual el portero le entregó una carta que rezaba lo que va de seguida:

«He oído hablar de un hombre que al siguiente día de haber advertido que la mujer á quien amaba vivía enfrente de su casa, había hallado medio de echar un puente sobre las dos ventanas para reunirse á ella á media noche.

»Cierto es, empero, que aquel era hombre en quien competían el ingenio, el valor y la pasión.»

Además de la transcrita carta, Eduardo recibió otra de Edmundo, en la que éste le decía que á las cinco le aguardaría delante del café de París.

CAPITULO V

A cara descubierta

Eduardo se subió á su habitación. Tratábase de medir la distancia que separaba las dos ventanas, y, como decía la carta, de echar un puente. El empeño no era de tan fácil ejecución como á primera vista parecía, tanto menos cuando sólo podían tomarse medidas aproximadas. Con todo, como no había tiempo que perder, aquél calculó con la mayor exactitud que le fué posible, se bajó de nuevo á la calle, entró en el primer taller de carpintería que halló al paso, y dijo que para el día siguiente necesitaba una tabla de un pie de anchura por diez de longitud y gruesa de tres pulgadas; luego dió las señas de su domicilio, satisfizo el importe y se marchó.

A las cinco Eduardo se reunió á su amigo Edmundo, que le estaba aguardando en el bulevar, y á quien preguntó: